

MARIANA SÁNCHEZ: ALGUNAS FAMILIAS NORMALES
(2020)

Las lloronas

De mi abuelo copié la manía de ponerle nombres raros a la gente. A las fumadoras que trabajan conmigo en la revista de Susana Figueras se me ocurrió apodarlas “lloronas”, aunque nunca lloren. Son, o aparentan ser, estoicas, habitadas por una gestualidad como de estatua, temple de maniquíes, bravas. Mujeres a prueba de otras mujeres. Sin embargo, estoy convencida de que se doblegan de una forma disimulada. Fuman para no llorar, eligen embutirse de humo antes que humillarse con lágrimas, así resisten.

Bajan a fumar al patio de la recepción. Llegan por turnos. Deambulan y se acomodan del lado interno de las rejas que separan el edificio de la calle. Con un andar suspendido como el de los leones en la jaula, serpentean. Y se reparten de un modo que —matices más, matices menos— componen siempre el mismo cuadro. Un mentón levantado, la cara recortada entre dos barrotes, sopla el humo hacia arriba hasta que se mezcla con el esmog de los autos. Una espalda se apoya en la reja, el pelo suelto

hace sombra en la vereda; sostiene débilmente el cigarrito a punto de caer de la mano desganada. Otro puñado de dedos lanza la colilla todavía encendida para que se apague en el agua de la calle, y un pie más temerario la aplasta sobre el empedrado del cantero (lo que desquicia a la jefa). Alguna camina en círculos con la actitud propia de un preso, deja salir el humo en escalas, al ritmo del pensamiento. Alguien, contra una pared, tiene la vista perdida en los cerámicos del piso, los brazos alrededor de la cintura, mientras la ceniza avanza quemando el papel y forma una torre gris en la punta.

Buscan un rincón para hablar por teléfono con el novio, el marido, una amiga o la madre, en un secreteo amargo. Además de las lloronas individuales, se arman grupos de dos, tres o cuatro. Conversan enérgicas, se interrumpen, superponen las frases. Difícil que se oigan entre sí, mientras calan y sueltan el humo con bronca, sin darse respiro entre pitada y pitada.

Últimamente, después del almuerzo, el grupo se ensancha, como un cuerpo que engorda. Fue Susana la que me alertó, cuando trabajábamos en su despacho las dos solas:

—Conspiran —dijo y rompió el silencio; me sonó a la conclusión abrupta de un monólogo interior.

Levanté la vista sorprendida, una mueca de asco le contorsionaba la cara.

—¿Quiénes? —pregunté mirando a los costados, por encima del hombro, hacia la puerta.

Señaló con los ojos la ventana entreabierta por donde subían apenas las voces y el humo.

—Quieren hablar con el mecenas.

—¿Por qué? ¿Quiénes? —quise sonar tranquila, desinteresada.

No contestó, se refería a las fumadoras. Detesta responder cosas que le parecen obvias. Sacudió la lapicera de pluma impaciente hacia mis papeles, se le voló el capuchón al piso y cayó justo entre mis pies: sigamos, no te distraigas, entendí que me exigía. Y devolveme el capuchón. Tuve que levantarlo, dárselo, contener la furia. Después de dos años y medio, puedo interpretarla. Perfectamente. Pero odio que me trate como a un ser inferior. Lo aguanto, lo tolero, no voy a engancharme. Mi mantra.

Desde ese día presto más atención: después de comer, salen todas al patio. No importa si el frío les hace temblar las rodillas. Se envuelven dentro de las bufandas y abrigo, una mano enguantada en el bolsillo, la otra desnuda tirita al sostener el cigarro. El humo se escapa, confundido con el aire helado de la respiración. A esa hora, justo en ese sector, el cielo se adensa y se pinta de blanco.

De las catorce mujeres que trabajan en la redacción —más allá del ritmo infernal de recambios: Susana las echa bastante seguido o ellas renuncian—, las lloronas por lo general se mantienen en ocho o diez. Por no fumar, quedamos excluidas la directora, su asistente, la recepcionista y yo, con el cargo de jefa editorial. Hubo casos asombrosos de chicas que, al incorporarse, juraban haber dejado el cigarrillo por razones de salud o pura determinación, y al poco tiempo se las vio ir y venir con

el tráfico de suelas que gastan las escaleras camino a la recepción. De ese viaje no vuelven igual. Algo se transforma en ellas, algo que las hace volver con constancia. Quizá con más coraje.

En el organigrama de *Quintaesencia*, debajo de Susana vengo yo. Por eso me evitan. Y porque no fumo. Si me acerco, se callan o hablan vaguedades. Alguna vez hasta escuché un “cállense” cuando alguien me vio pasar la puerta de vidrio y simulaban discutir sobre inseminación artificial como podrían haber comentado las calorías del yogur entero versus el descremado.

Las observo cuando llego a la oficina o si salgo a almorzar en algún restaurante. Paso lenta por la recepción, igual que frente a los cuadros en una muestra. Me encanta el ritual que comparten. La liturgia del atado en la cartera. El celofán, el tirón del papel metalizado, el encendedor y el ruidito de los fósforos, las posturas del cuerpo al fumar. Esa especie de apuro o ansiedad que precede a la primera pitada. Y el alivio posterior en la cara. Esa imagen en particular. Quisiera saber cómo se siente. Fantaseo con el momento en que se ponen de acuerdo, con un guiño o una palabra, y bajan. Bajar para soplar aire y volver a subir con ese olor a acero en la boca, la piel, el pelo. Trato de medir la intensidad de cada persona que se va en esos minutos de nicotina y reflexión. ¿O qué otra cosa?

No puedo evitar compararlas con las suplicantes, unas pequeñas vestales de piedra que descubrí en museos de Tucumán y Catamarca. Figuras que los aborígenes amerindios tallaron con la mirada vuelta al cielo,

como en trance, los labios entreabiertos, las manos tocándose la cara o la cabeza, el cuerpo enroscado sobre sí mismo de las formas más complejas.

Algo llamativo es que en *Quintaesencia* solo se contratan mujeres. Nunca entendí si fue decisión de Ella o mero azar. Los únicos hombres que nos visitan, por asuntos puntuales, son colaboradores externos, fotógrafos, colegas de otras empresas. Vienen a hablar de espacios publicitarios, comercialización y canales de venta. O el chico del delivery, que trae el almuerzo en bandejas.

El más intangible es el mecenas. Un tipo incorpóreo y todopoderoso al que le debemos, según Susana, la continuidad de la revista de arquitectura, arte y diseño que, lejos de dar ganancias, da voraces pérdidas. Cuesta demasiado caro producirla y se vende poco. Hice los números más de una vez y no dan las cuentas. El mecenas la mantiene (¿el mecenas la mantiene?, me pregunto a diario). Nunca lo vimos o tratamos, ni conocemos su voz, pero estamos agradecidas por nuestros sueldos depositados el último día de cada mes, unas oficinas holgadas, generosidad en el uso del teléfono, de las impresoras y el consumo indiscriminado de café (con edulcorante a granel); los taxis para las reuniones; los viajes, escasos, por notas especiales.

Llevo acá casi tres años y no logro identificar al hombre detrás de la investidura. Al tipo que todos los meses dirá: para los gastos, y extiende un cheque porque sí. Porque le sobra la plata y Ella le cae bien, o es su amante o le tiene lástima. O están atrapados en una rosca de fa-

milias nobles, deudas históricas y poder. Mandale saludos a las chicas de mi parte, tal vez dice también. Como si le pasara manutención a unas hijas que evita ver.

Al principio traté de averiguarlo. Enredaba a la jefa en preguntas agudas, sutiles, para que lo dijera. Imposible: Susana está sentada arriba del secreto como una leona de piedra en la puerta de una mansión privada. Ni siquiera me contestó por qué su nombre no aparece en el staff, como patrocinante, al menos, insinué. ¿De qué le sirve poner tanta plata si no...? Porque no, me respondió. Como a un chico.

Me quedé a solas en la oficina algunas noches para revolver sus cajones, buscar una foto, una firma, un documento que acreditara esa existencia. Nada: el mecenas es humo. Peor todavía: aire. Todos los accesos hacia su identidad están atentamente tapados, y cualquier investigación me devuelve a esa palabra que se cierra contundente como una puerta de hierro: el Mecenas (en boca de Susana suena con mayúscula).

Una idea a la que con el tiempo nos fuimos acostumbrando en la redacción: la intriga cedió y convivimos con el Señor como los creyentes se habitúan a la fantasía de un dios. Y sí. El mecenas es una especie de Mesías entre nosotras. Cuando en nuestras conversaciones cotidianas hablamos de Él —¿Susana le llevará la nueva propuesta de diseño al mecenas?; No sé qué dirá el mecenas de mi licencia; Por suerte, el mecenas va a dar los aumentos por inflación este año; ¿Qué edad tendrá el mecenas?—, me siento parte de una secta religiosa.

Igual, a veces todavía pasa. Sobre todo con las nuevas. En las reuniones de grupo, donde por lo general me toca presentar el próximo número, alguna ingenua consulta:

—¿Vamos a conocer al mecenas?

Ahí va, pienso desde el extremo de la mesa en la sala de reuniones, como quien detecta la caída de un meteorito. Más bien una estrella fugaz, porque pasa y se va. Pongo ojos de ausente, apoyo la quijada en la mano, la punta de los dedos tapando en parte la boca. Me ayuda a mantener la calma y abstenerme de opinar. Observo las reacciones. Ceños, mandíbulas, hombros, fruncimientos, estremecimientos, apretones. Codazos, risas, toses forzadas. Biromes que estaban haciendo bucles en la hoja empiezan a agujerearla. Una estudiantina, me hartan. A ellas en cambio les divierte:

—*Mister is confidential, dear.*

—Tocaste material inflamable, dulzor.

—Qué divina, me encanta.

—¿Por qué no le inquirís a la jefa editorial que lleva las riendas? —preguntó hace poco La Bunda, la peor de todas.

Me puse roja, aunque estoy acostumbrada.

—Dejen de decir pavadas, por favor. Sigamos con la presentación —interrumpió Susana en la otra punta, donde se instala como una efigie, inmóvil, sólida. Alzó las cejas hacia mí para que continuara.

Vi la cara sofocada, y a la vez satisfecha, de La Bunda; reprimía un comentario del tipo: claro, *bitch*, de eso no se habla. Como es corpulenta y un poco machota, cuando ella se pone roja (de la bronca, nunca de vergüenza), ade-

más transpira. Disfruta al dejar en evidencia que el mecenazgo es un tema intocable, que saca de quicio a Susana y que a las nuevas les despierta intriga.

—Hay que desvirgar a las frescas con este tema del dios en la jaula —le escuché decir una vez cuando llegué a la recepción y ella fumaba de espaldas, hacia el patio. Se calló cuando me vio.

Que La Bunda es lesbiana tampoco puede revelarse: Susana la echaría si supiera, según los rumores que la misma Bunda propaga. ¿Por qué? A Ella no le gustan los márgenes, contestan ácidas. Y La Bunda no está en condiciones de quedarse sin trabajo, dicen, porque mantiene a una madre muy enferma, loca desde que el esposo murió. Se escapó de no sé cuántos geriátricos y atacó a los enfermeros en un hospicio. Probaron nueve medicaciones diferentes sin lograr ningún cambio de actitud: es una señora violenta. A veces observo a La Bunda y sospecho que hay algo hereditario. Los otros rumores hablan de que la jefa ya sabe, porque ella misma “es torta”, comentan, pero hace como si nada. Dudan, igual, las que llevan y traen las distintas versiones. Porque si el mecenazgo es su amante, colapsa la teoría de la homosexualidad de la directora.

La Bunda sabe mucho de construcción y los contenidos de esa sección en la revista los maneja ella, que además es arquitecta, o casi, no se sabe si recibió el título. Su padre, capataz de obra, le enseñó el oficio, dicen que pala en mano. El hombre murió al caer de un séptimo piso. Los rumores llegaron al extremo de sugerir que trabajaba para el padre de Susana cuando se produjo el accidente.

Por eso, se supone, la directora no puede despedir a La Bunda, la más piquetera, la que lidera y defiende cualquier causa de las lloronas con patoterismo gremial. La encarnación misma del empleado público y del sindical.

También La Bunda pone nombres. *Bitch* es el apodo que le inventó a la directora. A mí habrá que ver cómo me llama, seguro que no Blancanieves, tal vez Cenicienta: opina que me arrastro por agradarle a la jefa y escalar posiciones. Me hace gracia, por arriba de mi puesto está el de Ella, que es la dueña, ¿cómo voy a desplazarla?

Por mi cargo y por el respeto a mi trayectoria que tiene Susana, en *Quintaesencia* accedo a privilegios de los que, en cambio, carecen las demás colaboradoras. Con ellas es una directora tremenda. Ridículamente inflexible con el horario de entrada y despótica con el uso del tiempo. Acepta que necesiten salir a fumar, como un requisito visceral, un llamado mórbido de la naturaleza, y trata de no cuestionarlo, pero las desprecia. Es crítica atroz de las notas: las lee hasta lo absurdo del detalle y llegó a hacerlas rescribir seis veces. Atormenta a las diseñadoras con la elección de colores o la distribución del material en el papel. Tortura a las fotografías con los problemas de la luz, definición o encuadre. De todo sabe algo y cualquier cosa le resulta imperfecta. Lo que no ven las lloronas es que conmigo tampoco es una reina.

Su mayor defecto: jamás acompaña los ataques con un gesto de tibieza, no regala una pastilla de piedad. Nunca organiza un brindis de fin de año y se guarda los regalos de los clientes por las fiestas: más de una vez, la

vi sacar con disimulo chocolates de un cajón y comerlos a escondidas, con actitud de ladrona. Anuncia los aumentos protestando —todo sea gracias al altruismo de nuestro mecenas (le falta agregar: “Orad, oh, fieles seguidoras”)— y una agotadora cantidad de veces insultó a las empleadas en medio de planteos escandalosos.

Susana, muy en el fondo, es tímida, extraordinariamente tímida. Defensiva, se vuelve dictatorial. La ahoga una tos alérgica, se rasca el cuero cabelludo hasta dejarse huecos en el pelo y sufre un leve tartamudeo. Vive tensa, endurecida, neurasténica. No mira de frente y siempre da por terminada una conversación donde se le antoja o es indiferente a las consultas que le aburren. Eso desquicia a la gente que trata con ella.

Por conocidos en común, sé que creció eclipsada por su padre, Ernesto Figueras, uno de los arquitectos con mayor renombre en el país y en el mundo. Susana, la mayor de dos hijas mujeres, empezó la carrera de Arquitectura, pero la abandonó. Lo mismo, creo, pasó con las de Derecho, Psicología, Ciencias Políticas y Letras. Por fin terminó de grande un curso intensivo en decoración de interiores, y llenó decenas de cuadernos como oyente esporádica en cursos breves de arte, edición, literatura, filosofía oriental, paisajismo, grafología, mandalas, origami, francés. Todo lo que hacían las mujeres pudientes de su entorno. Para diferenciarse, quería, a toda costa, un proyecto propio, a lo Victoria Ocampo. Hasta que a los cincuenta, ideó la revista de arquitectura, diseño y arte. Dicen que fue el consejo último del padre antes de morir (resignado).

Rastreado el camino de una vocación tan errática, resulta fácil entender por qué eligió llamarla *Quintaesencia*: que es éter. Ni tierra, ni aire, ni fuego, ni agua. Que no es ni Arquitectura, ni Letras, ni el Padre, ni el estrellato de las grandes victorias. Éter: “Fluido hipotético invisible, sin peso y elástico. Se consideraba que llenaba todo el espacio y era el medio transmisor de todas las manifestaciones de la energía”. Un turbio vacío.

A las lloronas no les interesa esa parte, la privacidad de Susana, la razón de los huecos abriéndole zanjones en el pelo que le cae seco sobre sus hombros. Está claro que acuden por el sueldo, por hacer carrera en algunos casos, o porque hay que dedicarse a algo. Para pasar mejor el tiempo, para acortarlo, bajan por turnos al patio a fumar y reanimarse. El tráfico en las escaleras es incansable. Jóvenes, lindas, feas, mayores, enervantemente flacas o entradas en carnes y parturientas, vestidas de vidriera o esperpénticas, ninfómanas, pacatas. Una variedad de mujeres que, según pasan los años, van y vienen desde las oficinas al fumadero sin pausa.

Tardo en entender que, en ese espacio, al mecenas se lo invoca de otra forma. De nuevo, Susana me pone en la pista:

—Conspiran —vuelve a decir.

Igual que la vez anterior. O casi, porque en este caso se levanta de su escritorio con la taza de café en la mano. La veo más intranquila. Como si hubiera confirmado la amenaza que antes era suposición. Giro para seguirla con la mirada, absorta.

—¿Quiénes? —repito, como aquella vez.

Pienso en un vodevil y se me tuerce el labio en una especie de sonrisa que quiero contener. La sigo hasta la ventana. Su oficina está ubicada justo encima de la recepción, en ochava entre dos calles. La vista hacia delante se orienta al patio y la avenida principal; hacia el costado, a las cocheras donde guardamos nuestros autos, sobre la calle lateral. De ese lado señala:

—Ellas.

Me cuesta identificarlas. Abajo, entreveradas con las ramas y las hojas de dos tipas que dejan caer sus copas desde el terreno vecino, sus figuras recortadas contra la hiedra del fondo, se adivinan tres o cuatro cabezas reunidas. Por el modo brusco de alejar el humo —extienden hacia atrás las manos o sacan la cara fuera del grupo— es evidente que conversan o discuten enérgicamente. El vidrio cerrado nos impide escuchar. Miro a Susana de reojo: aprieta las mandíbulas, tiene las mejillas tan tirantes que el maquillaje se hunde en las líneas de las arrugas. Debe abrir la ventana en los días más fríos con tal de enterarse.

—¿Quiénes? —insisto.

Quiero que diga los nombres. Vi el pelo naranja inflado de La Bunda.

—Da igual. Conspiran —contesta Susana, con un revoleo de ojos que interpreto como hartazgo.

Ya perdió el interés de compartirlo conmigo. Sus cambios de humor... Vuelve a sentarse y a tomar el café en silencio. Percibo su tristeza. O un cansancio extremo. La noto más irascible, desmejorada. Ojerosa, decaída. Una planta a la que no se riega desde hace mucho. ¿Será miedo?

—Pero ¿quiénes? ¿Qué conspiran?

—¿De verdad sos tan infantil? ¿No te das cuenta? —Habla fastidiada, como si le chirriaran los dientes—. ¿De nada?

—No entiendo. ¿A qué te referís, Susana? —digo empezando a perder la paciencia.

Mi tono la afecta, se afloja, respira hondo, intenta ser más amable. Se inclina hacia mí todo lo que le permite el escritorio (me senté de vuelta enfrente). Me mira fijo y en voz baja contesta:

—Pretenden hablar con el Mecenaz. Quieren deshacerse de mí. Pobrecitas.

—¿Deshacer...? —me callo, tan absurdo. Parecemos dos malogrados espías en una película yanqui de categoría H—. ¿Cómo harían para ubicarlo, hablar con él...? —reprimó la curiosidad. La conversación podrá ser muy estúpida pero me mata la envidia: por su rebeldía, las lloronas (La Bunda a la cabeza) resolvieron el enigma. Y yo, desde mi cargo privilegiado, sigo sin siquiera acercarme. Imbécil.

—No pueden, no hay forma —responde segura. Otra vez siento alivio: no llegarán al secreto antes—. En fin, no tiene importancia. Sigamos. ¿Dónde estábamos? —dice molesta, como si de pronto estuviera apurada, y abre la carpeta, hojea los papeles buscando algo.

Es la última vez que trabajamos juntas durante varias horas. Empieza a faltar. ¿Susana? Sí, nos alarma. Los rumores se liberan en los pasillos como una epidemia; las normas se distienden, especie de bacanal que se disfruta con culpa. Los ratos en que Ella aparece, se encierra en el despacho con la secretaria, me dan celos. Solo alcanzo

a verla cuando pasa como una flecha desde el ascensor a su oficina sin mirar a los costados. Una vez la perseguí, como una tonta, grité Susa... Flecha, rayo o cucaracha veloz. Portazo. Ni me dirigió una mirada. La estoy detestando, pienso en la injusticia de esos años dedicados a ganarme su confianza para al final recibir esto. Desplantes, ninguneo. Fantaseo con renunciar para castigarla, se lo merece, imaginarme su cara cuando le diga que tengo otro trabajo, que estoy contenta, y sigo maquinando cuando por fin se desploma la noticia, en medio de la sala de reuniones: está enferma. ¿Susana? Sí. Su asistente informa de "una gripe que se fue complicando".

Hace aparición estelar la hermana de la jefa, Ofelia, que viene a "ocuparse por un tiempo de las cosas, hasta que Susi se reincorpore". Finalmente eso no pasa. Hay cáncer de pulmones, internación, metástasis.

Me asombra que en el velorio estén casi todas las lloronas de las distintas épocas. Algunas que Ella echó durante un rapto, otras que se fueron ofendidas por su cuenta, la mandaron al diablo. Saludo a la mayoría y con algunas converso unos minutos en la vereda de la casa de sepelios. Cuento cerca de veintiocho mujeres con un cigarrillo en la mano. Veintiocho bocas semiabiertas en posición de absorber viento. Veintiocho posturas de estatua. Veintiocho dedos índice golpeteando el rollo de papel para sacudir la ceniza. Veintiocho pares de ojos aturridos. Y otros tantos anillos de humo suben

por encima de sus cabezas, opacando las frases dichas a media voz.

¿Por qué están acá? Quieren verla muerta, unas; otras, por respeto, curiosidad, nostalgia. Chusmerío. Obediencia. Morbo. Resarcimiento (repito la palabra, me salpica la cara). Buscarán quedar bien con los parientes y conservar el trabajo. O lo mismo que yo: descubrir al mecenazgo (tiene que estar acá seguro). Caerle bien. Y ascender, sobre todo. Quizás ahora sí me nombren directora.

En el centro la jefa duerme amortajada. A los lados del féretro, el grupo se acomoda en semicírculo para que todas quepan. Una vez instaladas, dejan de fumar y, en cambio, lloran. ¿Qué? No alcanzo a ver a las veintiocho, juraría que la mayoría lo hace. Con mayor o menor estridencia, con diferentes estilos: gritos y espasmos, disimulo o sobriedad. Lloran, lagrimean. Casi tres decenas de cabezas corcovean con las caras enrojecidas, se llevan papeles o pañuelos a la nariz y los ojos en un tic automático. Miro hacia todas partes buscando al director de orquesta: inverosímil ese despliegue operístico sin coordinación externa. Soy la única que desentona en el clima funerario, pero por mucho esfuerzo que hago no tengo ganas de llorar. Estoy incómoda, quiero escaparme. Le doy el pésame a la hermana, a los sobrinos, a la madre de Susana en su silla de ruedas, conmovida ahora por la despedida multitudinaria (creerá que su hija por fin tiene algo de Lady Di o de Victoria Ocampo, como había soñado), y salgo de ahí lo más rápido posible.

La revista pasa a manos de Ofelia. Otra Figueras al mando, ya está, basta para mí basta para todos. Acepto

otro trabajo como corresponsal de un diario. Ella insiste en que me quede, me ofrece un aumento, le agradezco pero no. Las puertas están abiertas para cuando quiera volver, dice.

Me animo a consultarle sobre el mecenas: se ríe, se ríe mucho, se sacude, tiembla, se va doblando, con una risa casi obscena, llena de gárgaras. Ofelia es alegre y espontánea, más atractiva como mujer que Susana, a pesar de sus rasgos feos y toscos, un poco masculina y descuidada. No se esmera: viene a trabajar despeinada, mal maquillada, la ropa sin combinar. De todas formas, lo prefiero a la rigidez a ultranza de Ella.

—No hablás en serio —casi escupe cuando puede recuperarse del ataque de tos que le produjo la carcajada. Toma agua en sorbos, apoyada en el escritorio. Se seca las lágrimas con el dorso entero de la mano y arrastra el rímel violáceo como esos aviones que dejan huella de tiza en el cielo (en contrapartida, recuerdo el pañuelo blanco inmaculado, bordado con la S de Susana)—. Mi hermana siempre comentaba que eras su editora de confianza. Te imaginé más inteligente. No podés haber creído la historia tonta del mecenas —se sienta en el sillón.

—¿Por qué no? Susana hablaba todos los días, en todos los sentidos, de Él —me defiende entre herida y orgullosa, como si yo fuera más cercana a Ella que su hermana.

—Justamente. Razón de sobra para sospechar. Ofelia me cae bien. Se ríe de su hermana y no de mí.

—Pufff —dice zarandeando la mano como una borracha—. Qué paranoica estaba. El mecenas nunca existió —

confirma. Experimento otra vez esa mezcla de claridad y confusión—. Vení, sentate...

Me ofrece un café, conversamos. Susana inventó la figura de aquel señor para sentirse respaldada. Para defenderse de los cuestionamientos de las empleadas; como se sabe, las mujeres son complicadas. Por fin lo aclara: Susana mantenía la revista con la fortuna heredada del padre. Su plata, ningún mecenas patrocinante. Ningún *sponsor* endiosable.

—Así construyó un dique contra desbordes, crecidas, inundaciones. Esto es, reclamos de sueldos, rivalidades por puestos similares o ascensos, licencias. Todo lo resolvía el mecenas que era, claro, la propia Susana. Su temible ejército de guardaespaldas —vuelve a reírse.

Nos despedimos. Me abraza. Siento que me aprecia y me da pena irme.

—Si me quedara en la revista —le pregunto de repente y me sorprendo a mí misma, qué estoy haciendo, enloquecí—, ¿tendría el mismo puesto?

—El mismo, con un aumento —asiente súbitamente seria. Se me enciende el corazón, hay luz.

—¿Reportaría a vos, como antes a Susana?

—Ah, ah, ah —recobra la sonrisa de guasón—. Reportarías a Miriam. Yo asumí como directora, pero ella es la nueva directora ejecutiva. Sos la primera en saberlo, de hecho.

El corazón se apaga, corte de luz repentino. Chisporroteo de fusibles quemados. Miriam es La Bunda. Reportarás a Miriam, te humillarás ante ella. Las lloronas gobernarán en la Ínsula Barataria. Morirás de humo, de soledad.

—¿Entonces te quedás? La llamo y hablamos las tres. Preparamos los anuncios...

—Voy a pensarlo —miento.

Por primera vez en mi vida siento ganas de algo parecido a fumar.

La redacción del diario en el que trabajo está ubicada en el mismo barrio, y cada vez que bajo del colectivo, paso por la vereda frente a las oficinas de *Quintaesencia*. Sigo viendo siempre, en distintos horarios del día, a un grupo de lloronas entre las rejas. Estas son las que no fuman, las que nunca fumaron, las que posiblemente jamás fumarán. Sus rostros lloran igual, lo compruebo: misma queja estoica, cuando esperan que se desgrane el día, secreteando en los rincones.

¿Conspirarán contra la hermana? Por los mails que intercambié con algunas, esta Figueras resultó más despota que la anterior, pero ejerce su dictadura con una sonrisa burlona llena de confianza. Perversa. Y no necesita la mascarada de un Hombre para justificarse. Es Ella a secas.

Perdón, qué estoy diciendo: es Ella y La Bunda, su guardaespaldas. Su pareja, según las lenguas retorcidas que llevan y traen hojarasca.

Susana ya no está, o al menos eso es lo evidente. Ni flamea como una bandera demasiado grande la sombra del mecenas oscureciendo las ventanas de las oficinas. Y sin embargo, desde afuera, todo sigue igual: vírgenes tristes sueñan en el patio y lloran mientras se ponen viejas.